

La batalla de Santa Rosa (Costa Rica)

20 de Marzo de 1856

Teodoro Martén R.

Desde el punto de vista estrictamente militar puede considerarse la Batalla de Santa Rosa, del ejército costarricense contra la avanzada de Walker en territorio nacional, como una sencilla acción bélica dentro de la Campaña militar. Esto si consideramos únicamente el tiempo, de 14 minutos, que resistieron las fuerzas del Coronel filibustero Louis Schlessinger antes de retirarse de la plaza, hecho que los combatientes costarricenses deben haber lamentado, como lamentó el General José Joaquín Mora, si bien dió una paternal excusa, de que la caballería "anduviera tarda" en la persecución del enemigo.

El hecho fundamental de la Batalla de Santa Rosa es el de que allí ocurrió la primer acción bélica de la guerra centroamericana contra los esclavistas. Fué la primer batalla que presentó el primer país en acudir en ayuda de Nicaragua, subyugada por el opresor extranjero e inhumano. Que la batalla no se perdió, como perdió Francia su primera en la Segunda Guerra Mundial sino que se ganó y en 14 minutos, fué capricho del hado militar.

Acción, o batalla, en Santa Rosa no se trataba de dar un solo golpe, sino de acabar con un enemigo, o de que el enemigo acabara con Costa Rica. La Campaña estaba en marcha y en el camino surgió Santa Rosa. La verdad es que la corta lucha, con duelo de fusilería, cañones y carga de balloneta, es parte de la gloria alcanzada por los combatientes costarricenses, ya que el enemigo había invadido el territorio, convirtiéndose en agresor de un segundo estado Centro Americano.

De Santa Rosa siguió Rivas; y luego San Juan y nuevamente Rivas, ya con los ejércitos expedicionarios centroamericanos.

Pero ahora veamos lo que sucedió en Costa Rica antes de Santa Rosa.

En 1856 Costa Rica se hallaba gobernada por don Juan Rafael Mora, hombre progresista y visionario que a la sazón se encontraba a la mitad

de su segundo período presidencial. El Presidente Mora había informado el 1º de enero de 1855 al Ejército, que no había probabilidad de que se alterara la paz, si bien deploró la situación en que se encontraba la vecina Nicaragua. Por desgracia la situación de esta república se complicó aun más en el curso del año 55, culminando la anomalía en junio, con el desembarco de William Walker en Realejo.

Las cinco naciones centroamericanas se conmovieron por la invasión extranjera de que fué víctima Nicaragua y en general toda la América Latina se estremeció ante la negra suerte que nos esperaba, si los gobiernos de estas repúblicas no aunaban sus esfuerzos en la lucha.

El Presidente Mora, que era el verbo de los costarricenses, anunció a la nación el peligro inminente. En proclama a sus conciudadanos que expidió el 20 de noviembre decía:

"La paz, esa paz venturosa que, unida a vuestra laboriosa perseverancia, ha aumentado tanto nuestro crédito, riqueza y felicidad, está pérfidamente amenazada.

Una gavilla de advenedizos, escoria de todos los pueblos, condenados por la justicia de la unión Americana, no encontrando ya donde hoy están con qué saciar su voracidad, proyectan invadir a Costa Rica para buscar en nuestras esposas e hijas, en nuestras casas y haciendas, goces a sus feroces pasiones, alimento a su desenfrenada codicia".

El primer obispo de Costa Rica, Mons. Anselmo Llorente y La Fuente dos días después firmó una carta pastoral señalando el inminente riesgo en que "la religión, la Patria, nuestras instituciones, nuestra libertad y nuestra vida se hallan". Walker intentó un acercamiento con Mora, previendo que Costa Rica podía interponerse en el desarrollo de su oscuro proyecto y a este efecto le dirigió una carta en que le hacía saber que no abrigaba pensamiento alguno hostil a Centro América y expresando deseos fervientes por la paz y buen acuerdo de las Repúblicas hermanas de Costa Rica y Nicaragua. Como esta treta no le diera ningún resultado, el Presidente Rivas de Nicaragua acreditó al Coronel filibustero Louis Schlessinger en misión oficial cerca del Gobierno de San José. Schlessinger llegó a Puntarenas en febrero de 1856 y el Presidente Mora dió la orden para que abandonara el país inmediatamente, pues no reconocía "Gobierno alguno que no sea hechura de la libre y espontánea voluntad de aquellos pueblos, dominados actualmente por fuerzas extranjeras".

Mora fue investido por el Congreso de poderes omnímodos, para que por sí, o en unión de las fuerzas aliadas de los demás Gobiernos de Centro América, llevara sus armas a Nicaragua, y arrojara a los filibusteros de toda América Central. En cumplimiento de esto, elevó el ejército a nueve mil hombres y levantó un empréstito nacional de cien mil pesos, decretando no reconocer misión legítima en el Gobierno dominante en Nicaragua.

Una de sus más bellas proclamas fué la que dió entonces don "Juanito", llamando a los costarricenses a las armas. Tiene fecha del 1º de marzo de 1856 y comienza diciendo:

"A las armas! Ha llegado el momento que os anuncié. Marchemos a Nicaragua a destruir esa falange impía que la ha reducido a la más aprobiosa esclavitud".

El Presidente terminó diciendo que Guatemala, El Salvador y Honduras se unirían a la causa santa.

El 3 de marzo se reunió en San José el Ejército expedicionario y ese mismo día el Obispo Llorente y La Fuente les hizo una exhortación. En horas de la mañana del 4 de marzo se puso en marcha la vanguardia del ejército, compuesta de 2.500 hombres. El día 7 el Presidente Mora asumió en persona el mando del Ejército, dejando en el ejercicio de la Presidencia al Vice Presidente, don Francisco María Oreamuno.

El Gobierno de don Patricio Rivas por su parte, declaró la guerra al de Costa Rica el 11 de marzo. El Ejército costarricense mientras tanto llegó al Golfo de Nicoya y de allí la mayor parte de las fuerzas fueron embarcadas para subir por el río Tempisque en la provincia de Guanacaste, hasta llegar a Liberia. Acampado aquí el Ejército, el 18 de marzo el General José Joaquín Mora, hermano del Presidente, recibió parte del descubierta del Sapoá, de que una vanguardia de Walker había pasado la frontera adentrándose en el territorio. El 20 el General Mora salió con una columna de la plaza de Liberia. El General cita en su parte de guerra que llevaba 680 hombres y un escuadrón de caballería, del que sólo unos pocos lanceros entraron en el combate. Conducían también dos cañoncitos de a tres pulgadas. La columna avanzó unos 30 kilómetros de terreno quebrado y camino impracticable. Huellas de botas en las cercanías de la Hacienda Santa Rosa les sirvieron de aviso para indicarles que el enemigo se encontraba allí. La columna avanzó hacia las casas de la Hacienda y a su vista quedó un valle hondo y limpio, circundado por colinas de poca elevación, pero escarpadas. Delante de la casa principal, los grandes corrales de la Hacienda, cerrados con cerca de piedra. El conjunto de casas y corrales están dominados por la cumbre de la colina, a corta distancia y cubierta de breña.

"En vista de la posición, dí mis órdenes para el ataque, concebido ya de antes sobre el exacto plano que el mayor Clodomiro Escalante me había presentado para el caso de tener que batir al enemigo allí", —dice el General Mora en el documento citado—. Doscientos ochenta hombres debían atacar el frente, contando con la ayuda de los dos cañoncitos. Doscientos hombres debían flanquear por la izquierda y tomar posesión a la espalda de las casas, sobre la cumbre de la colina. Doscientos hombres quedaron a una milla de la plaza, en formación de batalla para cubrir la retirada en caso necesario, y allí mismo quedó el escuadrón de caballería —único que anduvo tardo en la batalla—, para recibir órdenes de cargar al enemigo, cuando se le desalojara.

"Nuestros soldados, al son de las cornetas que tocaban a degüello, marcharon a la carrera, acudiendo cada cual al puesto señalado. Los filibusteros no hicieron ni un tiro; nos aguardaban de cerca, con la esperanza de que su primer descarga nos derrotaría. Tampoco los nuestros dispararon hasta hallarse a veinte varas del enemigo. Rompieron entonces un fuego sostenido, que duró como tardaron los costarricenses en llegar a las cercas. Desde este instante, sólo los piratas dispararon. Los nuestros saltaban a los corrales, sin que el mortífero fuego que sufrían bastara a detenerlos".

"Una vez dentro no hubo ya esperanza para los malhechores: el sable y la bayoneta los hacían trizas y ellos, aterrados, ni atinaban a ofender con sus tiros".

“Así fueron rechazados hasta las casas donde se encerraban al tiempo que las gentes del capitán Gutiérrez, posesionado ya de la altura, los cercaba”.

“Dí la orden de ataque a mi caballería, pareciéndome que no tardaría en llegar sino el tiempo necesario para desalojar de su guarida a los filibusteros. Pero viendo al llegar que no era tiempo aún, marchó a formarse en la loma del frente, aguardando el momento oportuno”.

“Todo esto pasó en cinco minutos”.

“Ya empezaba a obrar la artillería: el capitán Marín disparó sus cañones contra el costado derecho y frente de la casa, abriendo brecha; pero esto sólo sirvió para enfurecer más a los forajidos, que avivaron el fuego”.

“El arrojado capitán Gutiérrez, olvidando la orden que tenía, entró a la casa, y adelantándose hacia un establo atrincherado y erizado de rifles, con pistola y sable en mano, murió desgraciada y prematuramente. La ira que su muerte causó a los soldados fué tal, que nada bastó a contenerlos. La casa fué invadida por todos lados, y los filibusteros, hallando salida por la altura que debió cubrir el malogrado Gutiérrez, huyeron en tropel, y, aunque perseguidos y diezmados por todas partes, lograron muchos escaparse. Entonces mandé a la tropa de Moracia —que cubría la posible retirada— se dispersase en guerrillas por la colina, a la izquierda del callejón, para aprisionar a los fugitivos que tomaron por allí”.

“Desde el principio de la acción, al ver a nuestra tropa apoderarse de los corrales, varios jefes filibusteros montaron a caballo y huyeron sin poderles alcanzar ni dañarles”.

“A los catorce minutos, contados desde la primera descarga, se hallaba mi tropa formada en el mejor orden y tranquila posesión de Santa Rosa”.

Las bajas costarricenses fueron de seis oficiales y doce soldados. Los muertos del enemigo fueron 26 y se tomaron 29 prisioneros, para quienes el Consejo de Guerra dió sentencia de muerte.

“El resto hasta cuatrocientos hombres, que, según los prisioneros, entraron en acción, se entregará o morirá de sed y hambre en las montañas”.

La batalla terminó a las 4 de la tarde.

Al día siguiente se emitía en Liberia un informe al pueblo en el que se hacía mención de que: “Ni la posición ventajosa del enemigo, ni sus trincheras y manpuestas de piedra, han sido capaces de resistir un ataque de catorce o quince minutos”.

El Presidente Mora en una alocución a la vanguardia del ejército les decía: “¡Adelante! Otro esfuerzo más: un sólo tiro y a la bayoneta”.

Don Francisco María Oreamuno en su proclama a los costarricenses decía: “No podía esperarse menos del entusiasmo que animaba al Ejército, el día en que voló a la defensa de su religión, de su patria, de sus hermanos de Nicaragua y de la nacionalidad centroamericana. El día de su salida fué el principio de una marcha de vencedores”.

Tomada la posición de Santa Rosa el Ejército siguió su avance. El día 29 de marzo el Presidente Mora dirigió una proclama a la nación nicaragüense, anunciándoles que iba como amigo, no a proteger un partido, sino a liberar a Nicaragua de la Opresión. El día 31 el Ejército pasaba la frontera y se dirigía hacia la ciudad de Rivas.

En esta heroica ciudad habría de efectuarse el 11 de abril la batalla que lleva su nombre, en la que el Presidente Mora derrotó al propio William Walker.

Guatemala, Febrero de 1956.

BIBLIOGRAFIA

- "La Campaña Nacional", Joaquín Bernardo Calvo. Edic. 1955. Comisión de Investigación Histórica de la Campaña 1856-1857.
- "Proclamas y Mensajes". Edición 1954. " " " " " "
- "La Batalla de Sta. Rosa". " 1954. " " " " " "
- "Historia de Costa Rica". Carlos Monge A. Edición 1953. " " " " " "
- Archivos Nacionales de Costa Rica. Expediente N° 100 de Gobernación 1856.

